

Fiestas

Alguien en un coctel de fin de año
 le comentó a mi amigo del perro cojo,
 la copa entre las manos, el pelo cuidadosamente
 revuelto, la sonrisa mítica y profesional,
 que la historia en realidad nunca se repite,
 reproduce semejanzas por inercia,
 porque no conoce otras estructuras,
 pero que los hechos en sí son siempre únicos
 y uno debe aprender a distinguirlos
 sin los vicios del pasado o algo así,
 dijo esta persona antes de trasladarse
 hacia un grupo risueño, menos aburrido
 o taciturno que mi amigo del perro cojo
 que no sabe llegar a los lugares
 como si fuera una costumbre
 y suele detenerse, ver de reojo su reloj,
 esperar junto a la entrada hasta que un conocido
 lo saluda y le señala algún asunto más o menos
 esencial como el juego político tras bambalinas
 o las cifras estancadas o la sequía venidera
 antes de seguir por otro camino, hacia el jardín
 con su toldo donde un cuarteto de jazz
 filtra sus melodías suavemente y el pasto
 es una alfombra que no guarda polvo
 y la gente se felicita, se abraza,
 y mi amigo entonces examina el piso, piensa
 en los puentes de medianoche que vio en un sueño,
 rotos a la mitad con sus piedras tiradas
 en el agua de los ríos donde un casco

flota junto a un niño muerto en la ciudad
 de los arcos nítidos y blancos,
 piensa en la historia más pequeña
 donde casi nunca se demora la época
 ni marca pautas un conflicto sino que hay simples
 edificios alrededor de una plaza y lo decisivo
 sucede en otra parte sin las campanas rituales
 o la nieve imaginaria que se embarra
 un segundo en la banquetta,
 piensa en sí mismo mi amigo
 y siente su espíritu en un rincón,
 cómo se restriega contra los huesos,
 cómo lo incita a bajar hacia el jardín de los demás,
 a compartir esa euforia del recuerdo impreciso
 para que todos exclamen:
¡qué imagen tan interesante! No dejes de escribirla
 y mi amigo del perro cojo, ya lleno de valor,
 les dirá que en su mente las palabras
 son como vidrios, miran y dejan mirar,
 calcan a veces paisajes, una barda
 sin yedra pero envuelta por la bruma,
 la vida nunca se imita, pule sobre todo
 los detalles, señala con ironía mi amigo
 del perro cojo como si hablara
 con una persona o varias, bajo el toldo
 o en la orilla mientras la música
 se diluye y junto a la puerta una figura
 se despide con la cara oblicua,
 o eso afirman los que estuvieron. —